

28 DE OCTUBRE
LUNES

SUITE EXECUTIVE PALACE HOTEL
MADRID

— Adelante, Otero. Te estaba esperando.

José Alfredo Otero cerró la puerta con mucha delicadeza. Pese a tratar ocasionalmente con personajes de cierta importancia, eran escasas las ocasiones en las que le habían citado en un hotel, y menos en uno tan exclusivo. Por la clase de trabajo que desempeña, detective privado especializado en resolver asuntos turbios, estaba acostumbrado a reunirse en lugares discretos, muy alejados del buen gusto y la categoría de esa deslumbrante suite.

Sus grandes ojos de cordero degollado contrastaban con los ojillos de rapaz de la persona que le esperaba frente a un gran ventanal sentado en un elegante butacón de terciopelo rojo. Conocía bien a ese hombre; el señor Cortés. No era la primera vez que requería sus servicios, casi siempre asuntos de poca importancia, pero pagaba bien, nunca le regateaba ni un euro, lo que le convertía en el cliente ideal.

— Siéntate Otero, ponte cómodo.

Otero dejó caer lentamente sus más de cien kilos de peso en otro butacón idéntico al que ocupaba Cortés.

—Supongo que estarás intrigado. No es habitual que te convoquen en hoteles de esta calidad.

—No se crea. Uno ya está acostumbrado a todo —respondió Otero, tratando de restar importancia al hecho.

—Bien. Entonces comprenderás que el asunto a tratar es extremadamente delicado. Nada tiene que ver con lo que has estado haciendo hasta ahora. Digamos que si aceptas el trabajo pasarás a jugar en “primera división” y, por consiguiente, tus honorarios también serán de “primera división”.

Durante unos segundos Otero intentó calcular de cuanto dinero estaba hablando. Sus ojos de cordero se centraron en el señor Cortés, que asentía ligeramente con la cabeza mientras mostraba confiado una sonrisa de complicidad. Entonces supo que se trataba de mucho dinero.

—Puede contar conmigo para lo que sea.

—Lo sé, Otero, lo sé... También sé que eres discreto y limpio realizando tu trabajo, por ello te he elegido. A pesar de eso, necesito que comprendas que el asunto que tenemos entre manos, aparte de todas esas cualidades que has demostrado, requiere de una precisión absoluta, no nos podemos permitir ni el más mínimo fallo.

—Entiendo... Y le agradezco de corazón que haya confiado en mí. Puede estar seguro que no voy a fallar. Soy su hombre.

—Es lo que quería escuchar. Como supongo que estarás ansioso por saber de que se trata, te vamos a explicar nuestro pequeño problema con todo lujo de detalles. Si después de conocer los hechos quieres dar marcha atrás, no pasa nada, te vas y tan amigos. Eso sí, ni que decir tiene, que en el caso de que no aceptes, yo no te conozco de nada y, por supuesto, nunca habremos tenido esta conversación.

—Me parece bien.

Otero se concentró en analizar lo que el señor Cortés estaba a punto de contar, pero éste, contrariamente a lo que se podía esperar, permaneció en silencio. Con parsimonia se incorporó del butacón y comenzó a pasear por la habitación.

No tiene ni media hostia, pensó Otero viendo ese cuerpecillo andar con pasos cortos, procurando no pisar fuera de la bonita alfombra persa que ocupaba la totalidad de aquel acogedor rincón de la suite.

Pese a no ser un tipo corpulento, había algo en el señor Cortés que infundía temor y respeto a Otero; su rostro angulado, la combinación de unos ojos pequeños y claros con un pelo tan negro, la seguridad con la que se mueve y expresa, le convertía en esa clase de hombres que es mejor tener de amigo que de enemigo. Era conocedor, por los documentales de naturaleza, que los bichos pequeños, pueden ser los más letales.

Mientras observaba los movimientos del señor Cortés, repasó mentalmente las últimas palabras que había pronunciado antes de empezar a dar paseos: *Te vamos a explicar nuestro pequeño problema con pelos y señales... Te vamos... Él, ¿y quién más...? Si aquí no hay...*

—Señor. Este es el hombre del que os hablé. El que va a resolver nuestro problemilla.

Otero alzó rápidamente la mirada. Durante unas décimas de segundo se centró en el señor Cortés, viendo que sus ojos apuntaban a alguien a su espalda, giró la cabeza y le vio. No daba crédito. No podía ser. Pero sí; era él.

—¿Ahora comprendes la importancia del asunto?

—Sí... Sí... Por supuesto —masculló

Se puso en pie sin saber si estaba haciendo lo correcto. También ignoraba si debía darle la mano o cual era el protocolo a seguir para saludar a tan distinguida personalidad. De hecho, ni siquiera se atrevía a mirarle a la cara, no sólo por ser quien era, también tuvo en cuenta la considerable altura del personaje, que le obligaría a levantar la cabeza y romper la pose de sumisión que había adoptado. Calculó que medía cerca de dos metros, centímetro arriba, centímetro abajo. Su 1.87, del que siempre se sintió orgulloso, quedaba ridículo al lado de ese hombre de tan “alta cuna”

—Sin formalismos —dijo el recién llegado con ese tono de voz tan característico que tantas veces Otero había escuchado en televisión—. Vamos a lo que nos interesa, que tengo algo de prisa y, como comprenderán, quiero acabar con esto cuanto antes.

—Tranquilo, Otero. Estás entre amigos —intervino Cortés, con la sana intención de crear un ambiente relajado.

—*Yo amigo de... Cuando lo cuente. Claro, que mucho me temo que no voy a poder contar nada.*

No podía dejar de pensar en que iba a trabajar para una de las personas más importantes del país. Tenía que demostrar que era un profesional serio, y para eso debía dejar a un lado todas las emociones y concentrarse en analizar el problema que aseguraban tener.

—Imagino que Cortés ya le habrá puesto al corriente de lo delicado del tema. ¿No?

—Sí. Soy consciente de ello.

—Bien. Si está aquí, es porque yo confío en Cortés y Cortés confía en usted; por lo tanto, yo confío en usted. —El señor Cortés esgrimió media sonrisa al oír esas palabras—. Deduzco que es usted el mejor en su oficio cuando le ha recomendado tan encarecidamente.

—Procuro hacer bien mi trabajo. El señor Cortés, al que estoy muy agradecido por la confianza que ha depositado en mí, sabe de lo que hablo.

La media sonrisa del señor Cortés se convirtió en una sonrisa plena, pero no exenta de matices que hacían desconfiar a Otero.

—Vamos pues, al asunto que nos ha traído hasta aquí...

La voz de ese hombre tan poderoso dejó de ser firme y autoritaria y se transformó en la voz de un niño asustado que confiesa a sus padres una travesura

—Durante el último año he tenido una... una... Digamos, una relación extramatrimonial con una chica que conocí en una cena. Nada serio, simplemente sexo. Está muy buena y no pude resistirme. Me entienden, ¿no?

Se escuchó un tímido *sí*, proveniente de la boca de Otero antes de que continuase hablando

—El caso es que hace quince días le comuniqué que teníamos que dejar de vernos. Ella no lo aceptó. Por más explicaciones y razones que le dí, se mantuvo en sus trece. Le dije que estaba arriesgando demasiado y es mucho lo que me juego. Que mi mujer empezaba a sospechar. Que mi familia estaba pasando por una situación muy delicada y no podía ser yo quien les diera el golpe definitivo. Pero ni por esas. Se ve que la chica se ha hecho ilusiones y no está dispuesta a renunciar a su sueño. Así que para evitar que la deje, ha amenazado con sacar a la luz una serie de documentos que, según ella, prueban que hemos estado juntos.